

# NEW LEFT REVIEW 84

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

LENA LAVINAS	La asistencia social en el siglo XXI	7
GABRIEL PITERBERG	Sobre el eurocionismo	49

## ENTREVISTA

OUSMANE SIDIBE	La crisis de Malí vista desde dentro	74
----------------	--------------------------------------	----

## ARTÍCULOS

KRISTIN SURAK	<i>Gastarbeiter</i> : una taxonomía	93
FRANCO MORETTI	«Operacionalizar»	115
VALERY PODOROGA	Los planes de Dostoyevski	133

## CRÍTICA

JAN BREMAN	Un concepto espurio	143
EMILIE BICKERTON	Planeta Malaquais	153
TOM MERTENS	El <i>crash</i> de 1837	169

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

GABRIEL PITERBERG

## EL SIONISMO EUROPEO Y SUS DESCONTENTOS

**H**ACE YA MUCHOS años que el 9 de noviembre, aniversario de la Noche de los cristales rotos, se conmemora en Alemania con manifestaciones que no sólo han servido para confirmar la condena histórica de las políticas asesinas de los nazis, sino también para rechazar radicalmente las formas contemporáneas de racismo, antisemitismo y xenofobia. Hoy en día, las víctimas de la violencia racista serán probablemente musulmanes o demandantes de asilo; y aunque los determinantes sociales estructurales sean totalmente diferentes a los de la década de 1930, los ataques no son insignificantes. Los incendios de los hostales para inmigrantes en Hoyerswerda y Rostock, a principios de la década de 1990, fueron celebrados por una muchedumbre que entonaba proclamas. Y no se limitan a los *Länder* del este: las mezquitas de Renania fueron objeto de ataques el pasado verano, cuando comenzó el juicio de un miembro de un grupo de extrema derecha implicado en el asesinato en serie de trabajadores turcos. En total, hubo treinta ataques a mezquitas en Alemania el año pasado, nueve de ellos incendiarios. Las marchas del aniversario de la Noche de los cristales rotos han servido tanto para conmemorar a las víctimas de los nazis, como para mostrar solidaridad con los que sufren las agresiones racistas actuales.

Sin embargo, durante los últimos años, el sentido del encuentro del 9 de noviembre en Berlín ha sufrido un cambio. Las banderas azules y blancas de Israel, enarboladas por un sector pequeño pero decidido, han conseguido paulatinamente dominar la reunión. Muchos de los involucrados en las conmemoraciones (estudiantes, activistas, grupos antirracistas y representantes de comunidades) se han sentido incómodos ante la noción de

que un encuentro que era, en gran medida, una protesta contra los ataques recientes a los musulmanes, se vea obligado a desfilar tras el estandarte de un Estado cuya aviación había estado arrojando fósforo blanco sobre Gaza. Pero, lógicamente, nadie quería que la cosa llegase a las manos: la sionización de la conmemoración se consumó sin enfrentamientos.

En un estimulante conjunto de artículos, el poeta y crítico hebreo Yitzhak Laor analiza lo que denomina esta «nueva tendencia estridente pro Israel» en Europa occidental<sup>1</sup>. Laor argumenta que las quejas orquestadas en los medios de comunicación liberales contra un «nuevo antisemitismo» son en realidad aspectos de un «nuevo filosemitismo», que moviliza una forma muy selectiva de conmemoración del Holocausto, junto con los perniciosos residuos del colonialismo europeo, con el objetivo de negar la realidad del trato de Israel a los palestinos. El propio Laor ostenta una posición de significativa importancia en la vida cultural israelí. Nació, como el propio Estado, en 1948, en Pardes Hannah, a mitad de camino entre Haifa y Tel Aviv. Su padre, escribe en la Introducción a su recopilación, era un trabajador judío en una fábrica alemana y militaba en el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), hasta que en 1933 le sugirieron que no asistiera más a las reuniones de su grupo porque era «inconveniente». Su madre era de Riga y militaba en el Betar. Ambos salieron de Europa «a tiempo». Su hijo estudió literatura en la Universidad de Tel Aviv y fue condenado a prisión en 1972 por negarse a cumplir el servicio militar en los Territorios Ocupados, para convertirse más tarde en un poeta influyente: su recopilación de 1992, *Una noche en un hotel extranjero*, es quizá una de las cumbres de la literatura hebrea moderna.

El espectro de su actividad ha sido igualmente impresionante: novelista, dramaturgo, traductor, activista, editor y crítico literario. Su obra de teatro de 1987, *Ephraim regresa al ejército*, cuyo título hace referencia a la novela breve publicada por S. Yizhar en 1938, *Ephraim regresa a la alfalfa*, fue inicialmente prohibida por los censores estatales, que se oponían a la descripción de la brutalidad de los soldados israelíes. *Narrativas sin nativos* (1995), una colección de ensayos sobre literatura hebrea, sigue siendo un texto crítico fundamental. En 2005, Laor lanzó la publicación *Mitaam*, «revista de literatura y pensamiento radical» que se convirtió en un faro de la cultura de calidad en Israel. *Mitaam* permitió a Laor combinar sus dotes

---

<sup>1</sup> Yitzhak Laor, *The Myths of Liberal Zionism*, Londres y Nueva York, 2009; publicado anteriormente en francés: *Le nouveau philo-sémitisme européen et le «camp de la paix» en Israël*, París, 2007.

de editor, crítico y extraordinario traductor al hebreo y publicar dos números monográficos brillantes sobre Pasolini y sobre Brecht. Desde el trágico suicidio de Baruch Kurzweil en 1972 no había habido una voz tan incisiva e iconoclasta en la cultura israelí. Hay diferencias obvias entre ellos, pero los parecidos son significativos: ambos comparten el desprecio hacia los proveedores de la ideología dominante y, sobre todo, la sensibilidad ante el peligro al que el judaísmo se ha enfrentado debido a los intentos por sionizarlo. Al contrario que Kurzweil, Laor no es religioso, pero tampoco es un sionista laico; está íntimamente familiarizado con la liturgia, la teología y la historia judías. Aunque esté moldeado en un registro diferente, ejemplificado por la ira con la que reseñó en *Haaretz* *La invención del pueblo judío*, de Shlomo Sand, su punto de vista sobre este tema es parecido al de Kurzweil.

### ¿Una identidad nueva?

La prosa no literaria de Laor no se presta a un resumen sucinto. Su punto fuerte es la yuxtaposición de análisis autosuficientes de textos –una película, una novela– o fragmentos –un titular, un párrafo– que sin embargo acaban por ensamblarse en una pieza de crítica cultural sorprendente y original. Esto resulta tan cierto de *The Myths of Liberal Zionism* como lo fue de *Narrativas sin nativos*. De modo que el ensayo principal de la última colección, «The Shoah Belongs to Us (Us, the Non-Muslims)», comienza con el «espectáculo sin precedentes» de todo el espectro político francés, incluyendo a la extrema derecha racista, unido en 2006 en una protesta conjunta por la muerte de Ilan Halimi. Ésta fue descrita de forma unánime por los medios de comunicación como un crimen antisemita, a pesar de que la banda que lo secuestró puede que no supiera en ese momento que el joven era judío. Laor analiza la utilización ideológica que se hizo del acontecimiento: el «nuevo antisemitismo» definido no por referencia a la situación objetiva, sino por una supuesta percepción («muchos judíos lo ven como...»); la sombra del pasado nazi presentada insistentemente como el contexto inmediato («Los recuerdos de la década de 1940, cuando Francia colaboraba con los nazis y enviaba a decenas de miles de judíos franceses a los campos de exterminio, han vuelto en tromba», escribió el corresponsal de *Haaretz*) a pesar de que los supuestos nuevos antisemitas no tienen nada que ver con el pasado fascista de Europa y de que tales recuerdos son exclusivos de las personas de más de 60 años de edad.

«¿Por qué ahora?» se pregunta Laor. «¿Por qué la preocupación actual por el genocidio judío, medio siglo después de que tuviera lugar?». Durante la guerra había sido «como mucho una preocupación secundaria» para los Aliados y durante las décadas posteriores «se mantuvo apartado o al margen», siendo su recuerdo «prerrogativa de judíos que se escaparon, antinazis y otras víctimas»<sup>2</sup>. Pero ahora, «Auschwitz está en todas partes»: en los canales de televisión de contenidos de calidad franceses y alemanes, en las grandes coproducciones del cine europeo, «en los clichés políticos, los programas escolares y las celebraciones de Estado»; «se ha convertido en el símbolo de toda la Segunda Guerra Mundial». Al confesar que esta «nueva vocación europea hacia la cultura del Holocausto me provoca una cierta inquietud, como a otros israelíes», Laor pasa a argumentar:

Sería fácil considerar esta cultura conmemorativa como una crisis de conciencia internacional tardía o un sentido de justicia histórica que tardó en materializarse [...] La mayoría de los miembros de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas han surgido de un pasado colonial: son los descendientes de los que sufrieron genocidios en África, Asia o América Latina: no debería haber ninguna razón para que la conmemoración del genocidio de los judíos bloquee el recuerdo de los millones de africanos o americanos nativos asesinados por los civilizados invasores occidentales de sus continentes<sup>3</sup>.

Laor ofrece una posible explicación de la elección del momento de lo que denomina con sequedad «esta ofensiva filosemita». A lo largo de toda la Guerra Fría los Estados de Europa occidental habían permanecido unidos contra la amenaza del comunismo. En 1989, el colapso del bloque soviético se llevó por delante la conocida oposición «amigo-enemigo» que hasta entonces había estructurado la identidad europea. No obstante:

En el nuevo universo moral de «final de la historia», había una abominación (el genocidio judío) que todos estaban de acuerdo en condenar; y otra cosa igualmente importante: ahora quedaba claramente en el pasado. Su conmemoración serviría tanto para sacralizar la nueva tolerancia liberal-humanista de Europa de «el otro (que es como nosotros)» como para redefinir «al otro (que es diferente a nosotros)» en términos de fundamentalismo musulmán<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 19, 22.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 20-21.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 31.

De este modo, argumenta Laor, durante la unificación de Europa en la década de 1990, el judeicidio se utilizó en la construcción ideológica de una nueva identidad europea: «El individuo europeo que, en una época anterior, había conseguido distanciarse plenamente del judío (“no es como nosotros”), está ahora deseando demostrar cuánto le quiere: en primer lugar porque ahora “es como nosotros” y en segundo lugar porque ya no vive aquí»<sup>5</sup>. «The Shoah Belongs to Us» intenta a continuación verificar esta hipótesis en tres de los países más importantes: Alemania, Italia y Francia. Esta evaluación comparativa, aunque necesariamente somera, es uno de los grandes aciertos del ensayo.

En el caso alemán, Laor subraya el alcance limitado de la desnazificación bajo la tutela estadounidense y la considerable continuidad de personal estatal en los años de la posguerra, simbolizada por Hans Globke, el jurista artífice de la legislación antisemita de Hitler, que actuó como jefe de gabinete de Adenauer incluso cuando éste negociaba los pagos de reparación a Israel (Ben-Gurion ordenó a la acusación en el juicio de Eichmann que evitara mencionar el papel de Globke en el judeicidio). Los guardianes de los campos de concentración serían juzgados en la década de 1960, pero las poderosas empresas alemanas que habían proporcionado la estructura para los programas de exterminio nazis permanecieron intocables. El resultado, tal como lo resume Laor, fue que:

En lugar de una autoevaluación oficial, el Estado alemán ha preferido suprimir todas las cuestiones relacionadas con el periodo nazi hasta llegar a Auschwitz. Por lo tanto, los Globkes, los Krupps, 1G Farben y los pensionistas de las SS no necesitarían pagar ningún precio; ni se les pagaría ninguna compensación a los que resistieron<sup>6</sup>.

Este proceso alcanzó su apoteosis después de la reunificación alemana, argumenta Laor. Con su situación de república estable, sólidamente instaurada dentro de una Europa institucionalizada, «Alemania dio el paso para completar la reconstrucción del pasado». Laor defiende de nuevo su teoría basándose en un fragmento revelador: la decisión tomada en 1995 por el gobierno de Kohl de instaurar oficialmente el 27 de enero (día de la liberación de Auschwitz por el Ejército Rojo) como Día del Recuerdo del Holocausto de la República Federal de Alemania. La elección, sugiere

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 26.

Laor, demuestra «el proceso de amnesia a través del que la memoria se construye a sí misma». Los gobernantes de Alemania no eligieron un día para recordar todos los crímenes de los nazis: el aniversario de la llegada de Hitler al poder, por ejemplo, o la caída del Tercer Reich. En su lugar, maniobraron para reducir el recuerdo del nazismo al del genocidio, y el genocidio al recuerdo de Auschwitz: repitiendo el paso original de relegar el horror a Polonia, «por allí, fuera de la patria, hacia el muy lejano este entre los “eslavos inferiores”»<sup>7</sup>. Al mismo tiempo, la imagen de los judíos deportados se europeizaba: en la iconografía oficial predominaban los occidentales acomodados, mientras que, según insiste Laor, la mayoría de las víctimas de los nazis eran judíos tradicionales pobres, «con un aspecto muy diferente al de los europeos modernos» y «que recibían las mismas burlas que los musulmanes tradicionales reciben ahora»<sup>8</sup>.

Hoy en día, la bandera israelí, así como las calles de Berlín en honor a Yitzhak Rabin y Ben-Gurion, «se han convertido en símbolos a través de los que se piensa la identidad alemana». Pero Laor insiste en que estas cuestiones necesitan verse con perspectiva histórica: en la década de 1970, «los jóvenes alemanes podían llevar la *kufiyya* como símbolo de solidaridad con los palestinos sin ser acusados de antisemitismo»; la izquierda «podía comprometerse a apoyar a los palestinos, lo que no pueden hacer sus herederos, Los Verdes». Por razones obvias, argumenta Laor, «la cultura del filosemitismo tiene unas características especialmente furibundas» en Berlín. Con respecto a esto, los alemanes se diferencian de otros europeos, «pero sólo en el grado». Es también una de las ciudades con mayor población musulmana de Europa y un país en el que los ataques racistas contra ellos van en aumento. El pasado reconstruido se utiliza aquí «como tapadera para una nueva islamofobia, que no puede dejar de recordar las actitudes que Europa tuvo hacia los judíos»<sup>9</sup>.

Italia ofrece la evidencia más nítida de la teoría de que la cultura de la memoria del Holocausto se utiliza no sólo para cerrar antes de tiempo una comprensión histórica apropiada del pasado, sino también para eclipsar su recuerdo vivo. El punto de partida de Laor en este caso es la excusa de Berlusconi por medio de la típica reescritura del fascismo italiano. Para defender su decisión de apoyar la invasión anglo-estadounidense de Iraq

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 26-27.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 5-6.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 28-29.

en 2003, en contra de una oposición doméstica masiva, Berlusconi estableció una comparación entre Saddam y Mussolini: éste no había asesinado a nadie. Como era de esperar, estalló un escándalo, y el primer ministro tuvo que pedir disculpas a la comunidad judía de Italia; con mucha razón, escribe Laor: fue Mussolini quien aprobó las leyes de discriminación de 1938 y bajo su mandato miles de judíos italianos fueron asesinados.

Pero la justificación de Berlusconi ilustró con claridad las guerras sobre la memoria que se están dilucidando en los círculos políticos y culturales italianos. Con un solo gesto político, el hecho de que decenas de miles hubieran sido encarcelados, torturados o asesinados por haber luchado contra el fascismo se desechó totalmente. Berlusconi no tenía nada que decir sobre los horrores de la República de Saló o la invasión de Etiopía y el uso de gas venenoso contra su población. Con el colapso del orden de la posguerra al principio de la década de 1990, la antigua manera de recordar estos acontecimientos ya no es operativa. En su lugar, los conflictos del pasado se esconden recurriendo al recuerdo del genocidio judío<sup>10</sup>.

Sin embargo, Italia, al contrario que Alemania, «nunca había reprimido el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial o el exterminio de los judíos». Desde 1945 en adelante, el cine italiano –Rossellini, y después Visconti, Cavan, Pasolini– trató la época fascista inflexiblemente. Escritores judíos como Giorgio Basanni y Primo Levi contaron su experiencia del Holocausto. Ni la Iglesia Católica, ni el Partido Comunista Italiano y la más amplia izquierda italiana se inhibieron a la hora de expresar apoyo a los palestinos. Sin embargo, en la década de 1990, Italia «no sólo se volvió pro Israel, sino que abandonó su comprensión básica de la Segunda Guerra Mundial para simplificarlo todo en el Holocausto». Gianfranco Fini, líder de la ex fascista Alianza Nacional y autoproclamado heredero de Mussolini, hizo un viaje propagandístico a Israel, donde una visita a Yad Vashem fue suficiente para equiparle con las necesarias credenciales liberal-humanistas.

El caso de Francia se presenta por medio de las declaraciones de Alain Finkielkraut, que ilustran a la perfección la tesis de Laor de que la nueva cultura de la memoria del Holocausto, al proponer apoyo incondicional a Israel como único bálsamo para la conciencia culpable de Europa por los crímenes del nazismo, proporciona también una cobertura a las actitudes racistas neocoloniales hacia los inmigrantes musulmanes de Europa. Para Finkielkraut, el antirracismo es el «nuevo totalitarismo»:

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 30.



El antirracismo será al siglo XXI lo que el comunismo fue al siglo XX: una fuente de violencia. A los judíos se les ataca actualmente en nombre de la lucha contra el racismo: el Muro de Separación y el sionismo se describen como racismo. Esto es lo que está ocurriendo en Francia: debemos ser muy precavidos con la ideología del antirracismo<sup>11</sup>.

La explicación de Finkelkraut de los disturbios de 2005 en la *banlieues* fue muy sencilla: odio a Francia como antigua potencia colonial, país europeo y bastión de «la tradición cristiana o judeo-cristiana»<sup>12</sup>. Lamentó las concesiones excesivas que Francia había hecho a sus antiguos súbditos: la enseñanza de la historia colonial en las escuelas francesas se concentraba demasiado en aspectos negativos sin acentuar el papel positivo jugado por Europa y Estados Unidos. El ensayo de Finkelkraut de 2003, *En el nombre del otro* había aplaudido a François Furet por reconocer que «el recuerdo de Auschwitz» se estaba volviendo «cada vez más significativo como el acompañante negativo de la conciencia democrática». Finkelkraut consecuentemente diferenciaba entre las democracias occidentales, con su reconocimiento oficial del Holocausto, y los regímenes no democráticos, con Iraq a la cabeza, que eran en la práctica «los continuadores de Auschwitz». Dentro del nuevo relato de los hechos así elaborado el judeicidio constituye el único examen de la libertad humana; Europa y Estados Unidos, en palabras de Finkelkraut, «recargan sus principios comunes en la conmemoración del Holocausto». Basándose en esto, comenta Laor, es posible acusar de antisemitismo a cualquiera que critique a Estados Unidos o Israel por el tratamiento al pueblo de Palestina:

No se trata en realidad de perpetuar el recuerdo del genocidio sino de consolidar la nueva ideología de la exclusión. Ahora los judíos son los que están dentro. Lo que nuestros líderes solicitaron, parece, no eran los derechos humanos, sino el derecho de pertenecer a la elite. Ahora podemos participar en la violación de los derechos de otros<sup>13</sup>.

### *Convirtiéndonos en rubios*

Laor hace el mejor uso de Gramsci cuando examina el papel de los intelectuales del campo de la paz israelí (A.B. Yehoshua, David Grossman,

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>12</sup> Para un análisis de la elaboración de ésta última a mediados del siglo XX, véase Mark Silk, «Notes on the Judeo-Christian Tradition in America», *American Quarterly*, vol. 36, núm. 1, 1984.

<sup>13</sup> Y. Laor, *The Myths of Liberal Zionism*, cit., pp. 34-35.

Amos Oz) al servicio de la hegemonía, con gran capacidad de observación para lo que la ideología representa como evidente en sí mismo. Detalla la manera en la que Oz, especialmente, «utiliza el arsenal de estereotipos coloniales» para menospreciar las reivindicaciones palestinas de independencia. En comparación, los judíos, especialmente los judíos israelíes, son descritos y aceptados con éxito en Occidente como «blancos». Laor analiza magistralmente la arianización del judío nacido en Israel en la moderna literatura hebrea, llena de «rubios de ojos azules» y los «jóvenes espléndidos» en la obra de Oz y Moshe Shamir, «cuyos bronceados lucen vello dorado»<sup>14</sup>. Aunque también constata un efecto político calculado:

Cuando sumamos el debe y el haber, después de todas las quejas y los lloqueos sobre el «nuevo antisemitismo» y los medios de comunicación anti israelíes, los occidentales recuerdan a las víctimas de cada bomba suicida, como si fueran agradables parisinos o neoyorquinos, mucho mejor de lo que recuerdan todos los horrores vistos en la televisión de los ríos de sangre en Palestina, en Iraq, en Líbano. Las víctimas israelíes, es decir las víctimas judías, nunca se dan por supuestas, como las víctimas árabes, africanas o asiáticas<sup>15</sup>.

En un análisis rigurosamente documentado, Laor identifica un género especial de «israelí que escribe en Occidente» —ofreciendo el ejemplo verdaderamente *kitsch* de una de las columnas de Grossman en la prensa europea— que apela a «la buena conciencia del lector liberal», repitiendo siempre la misma historia: «Somos los supervivientes, no hay lugar para nosotros salvo en Oriente Próximo, pero somos occidentales como vosotros, tenemos los mismos valores que tenéis vosotros»<sup>16</sup>. Laor comenta que evidentemente los valores compartidos no incluyen la noción de que «un Estado de todos sus ciudadanos» es una idea política legítima:

Por supuesto que las figuras del campo de la paz israelí no tienen los mismos valores que los lectores liberales de *Le Monde*, *Libération*, *The Guardian* o *La Repubblica* [...] ni uno solo de esos lectores pediría públicamente el tipo de constitución que esos escritores apoyan en Israel [...] Ni se atreverían a apoyar en sus propios países leyes matrimoniales religiosas del tipo de la que tenemos en Israel, o leyes de la propiedad bajo las que a los árabes se les impide la compra de terrenos, sin mencionar las leyes de ciudadanía de Israel que discriminan a los no judíos<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. xxii.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 39-40.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 57-58.

Laor explica con buen criterio lo que el discurso político israelí llama *hasbara* (literalmente «explicación», pero en realidad «propaganda eficaz») centrándose en los servicios prestados al Estado por Yehoshua, Grossman y Oz después de la negociaciones de Camp David de 2000. Lo que faltaba en su *manipuladora reacción* del hecho de que «Arafat dijo no» era la más mínima admisión de que el acuerdo que se le ofrecía equivalía a un acuerdo de Bastuntanización, o el reconocimiento de que Barak estaba atrayendo a Arafat a un fracaso previsible. El entonces jefe del espionaje militar israelí, Amos Malka, reveló más tarde la respuesta asesina que las Fuerzas de Defensa de Israel habían preparado contra el descontento palestino tras la aparición despliegue deliberadamente provocadora de Sharon en la Explanada de las Mezquitas, una vez que Arafat hubo cumplido sus expectativas: aproximadamente 1.300.000 balas fueron disparadas contra los palestinos durante el primer mes de la Segunda Intifada. Sin embargo, como Laor constata, una característica de este género es que los israelíes son descritos como las víctimas eternas de los palestinos. Se reconocía el tema de la «angustia colonial» en el acento obsesivo de la *hasbara* en el retorno de los refugiados palestinos que, tal como señala Laor, casi ni se planteó en Camp David. «Nos ahogarán», «será la liquidación de Israel», proclama Oz, y se hacen eco Arno Klarsfeld, Bernard-Henry Lévy y Claude Lanzmann en *Le Monde*: «el retorno de los refugiados es la muerte de Israel». Todo esto, escribe Laor, «durante los bombardeos aéreos de los F16 sobre los hogares y las casuchas de Palestina, durante los toques de queda y el hambre, durante el largo invierno sin electricidad»<sup>18</sup>.

«¿Por qué fue tan fácil extender estas mentiras específicas?», se pregunta Laor. ¿Por qué fueron estos representantes de Israel tan fácilmente aceptados por los medios de comunicación franceses, usando unos argumentos tan pobres? «El discurso estaba relleno de imágenes primitivas, alimentadas por el miedo racista francés a los inmigrantes». Con el fantasma de «millones de refugiados» convirtiendo a Israel en un país árabe, «el “peligro no europeo” ya estaba en el aire. De hecho, nunca había desaparecido realmente, sólo que ahora la antigua xenofobia había encontrado nuevos profetas»<sup>19</sup>. Pero la responsabilidad definitiva recae en la otra orilla del Atlántico:

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 68-70.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 71.

Israel no habría actuado como actuó si la sociedad política de Estados Unidos no se lo hubiera permitido. Durante años, la llamada izquierda israelí esperó la presión estadounidense. Nunca llegó [...] Los aliados naturales de Israel en Estados Unidos son los fervientes sionistas de la comunidad judía. Me cuesta encontrar palabras para describirlos. Estoy seguro de que están dispuestos a que la lucha continúe aquí hasta que se derrame la última gota de nuestra (palestina y judía) sangre; aquí, en un lugar donde ellos, los sionistas de Estados Unidos, no soportarían vivir<sup>20</sup>.

Indiscutiblemente, esta es una acusación fuerte y apasionada al nuevo y agresivo consenso pro Israel en Europa y de su connivencia íntima con la ideología y la práctica de asentamientos coloniales en Oriente Próximo. La visión del poeta para el ejemplo revelador y la fuerza analítica de un crítico cultural de primer rango se inspiran en una total convicción moral: que el verdadero reconocimiento del sufrimiento de los judíos nos compromete a una lucha universal contra la opresión. Si por el contrario, la agonía de su pueblo se vende como pretexto para la supresión de otro, esto es éticamente intolerable para Laor. Al defender esta postura, reanima y renueva una tradición que fue en su día de sentido común para la intelectualidad judía radical y para la izquierda más amplia en su conjunto; una tradición que ha sido marginada con éxito por el trabajo concertado del sionismo organizado para convertir ese compromiso universalista en apoyo incondicional a Israel. Por consiguiente, la contribución de Laor merece más compromiso continuo y atención crítica de la que ha recibido hasta ahora.

Entonces, ¿cómo debemos evaluar su postulado central de que la explicación del nuevo filosemitismo de Europa y su revisionismo histórico concomitante (la reducción de sus luchas políticas convulsivas del siglo XX a «Auschwitz», con «Israel» como solución obligada) se encuentra en la construcción de una nueva identidad europea tras el fin de la Guerra Fría? En lo que sigue, argumentaré que Laor pasa por alto la previa construcción e institucionalización de una cultura del Holocausto israelocéntrica en el propio Israel y en Estados Unidos, amo hegemónico de Europa; y que no presta suficiente atención a las diferentes culturas y cronologías nacionales en los tres países objeto de estudio: Alemania, Italia y Francia. Sin embargo, antes merece la pena señalar en que gran medida los análisis más influyentes de la Europa contemporánea confirman plenamente sus teorías.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. xxx.

*Análisis de manual*

Un excelente ejemplo sería el muy alabado *A History of Europe since 1945*, de Tony Judt, que apoya la argumentación de Laor tanto en la concienciación del autor que pone de manifiesto, como en la información que transmite. En un Epílogo titulado «Desde la casa de los muertos: un ensayo sobre la memoria europea moderna», Judt explica que «la memoria recuperada de los judíos europeos muertos se ha convertido en la auténtica definición y garantía de la restauración de la humanidad del continente»<sup>21</sup>. La memoria del Holocausto es el criterio esencial para formar parte de la familia de Europa, en realidad para pertenecer a la humanidad y a la civilización. Al inspeccionar un país tras otro, la línea argumental de Judt se esfuerza infatigablemente en demostrar que todos los recuerdos más complejos de la Segunda Guerra Mundial, de atrocidades, fascismo y dictadura, se han subordinado al de *la Shoah*. Sin embargo, resulta extraño que la actividad de los judíos actuales esté casi completamente ausente del análisis de Judt. Igualmente notoria es la ausencia del legado colonial de Europa: como Hannah Arendt argumentó, el genocidio en Europa del Este se basó en una larga lista de deportaciones y masacres en las colonias. ¿Por qué no debería ser también un criterio de civilización y humanidad el reconocimiento de estas muertes? ¿Por qué deben ser consideradas extrínsecas a la historia europea («por allí») si el judeocidio, como Judt insiste con razón, debe ser intrínseco a ella? La ausencia de la dimensión colonial, una característica de la ideología liberal actual, queda patente en el tratamiento que Judt ofrece de Francia. Un elemento esencial de su análisis a este respecto es que «Vichy» y «Francia» son indistinguibles; por lo tanto, la lección que se saca del juicio de 1997 a Maurice Papon es que:

Demostró de manera concluyente que la sutil distinción entre «Vichy» y «Francia», tan cuidadosamente establecida por todos, desde De Gaulle a Mitterrand, nunca había existido. Papon fue un francés que sirvió al régimen de Vichy y a la subsiguiente República Francesa: en ambos casos con conocimiento completo de sus actividades en la prefectura de Burdeos y sin que a ninguno de los dos le preocuparan en absoluto<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup>Tony Judt, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Londres, 2005, p. 804. Para una evaluación de la *oeuvre* de Judt, incluyendo *Postwar*, véase Dylan Riley, «Tony Judt: A Cooler Look», *NLR* 71, septiembre-octubre de 2011.

<sup>22</sup>Tony Judt, *Postwar*, cit., p. 819.

Hasta aquí, todo bien. Pero si la elisión de la cómoda distinción entre Francia y el Vichy francés es fundamental para la purificadora *mission civilisatrice* de Judt, ¿qué ocurre con la no menos conveniente distinción entre Francia y la Indochina francesa, Francia y el África francesa y, lo más flagrante, Francia y la Argelia francesa? El propio Papon no sólo fue un alto cargo en Burdeos durante el régimen de Vichy que envió judíos a Drancy para su deportación, fue también un prefecto colonial torturador en Marruecos y en Argelia, durante la guerra por la independencia; y como jefe de la policía en París en la década de 1960 fue responsable de la masacre de argelinos en 1961 y del tiroteo de los manifestantes contra la Organización del Ejército Secreto (OAS) en la estación de metro de Charonne en 1962. Es revelador que la única referencia velada de Judt al colonialismo («nadie quería hablar sobre las “guerras sucias” en Indochina y Argelia y mucho menos de las torturas practicadas allí por el ejército») se encuadre como algo extrínseco: deplorable, sin duda, pero sin necesidad de ser admitido como «francés», al contrario que la participación de Vichy en el asesinato de los judíos<sup>23</sup>. Aquí de nuevo, tal como Laor postula, los judíos son blanqueados y europeizados retrospectivamente; el genocidio contra ellos se ha convertido en un asunto interno europeo que queda dentro de lo que Benedict Anderson denominó, en un contexto diferente pero relacionado, el efecto tranquilizador del fratricidio. Reconocer que el colonialismo, con su presencia visible a diario en las ciudades europeas, es intrínseco a la historia y la identidad europeas plantearía preguntas más desconcertantes.

### *Paradigmas*

La teleología liberal de Judt naturaliza la actual ideología de la memoria de *la Shoah* como la verdad hacia la que todos los buenos países europeos deben tender. Laor es plenamente consciente de que es un montaje cultural, y sin embargo no profundiza en dos aspectos clave de su difusión. El primero es el papel fundamental jugado por el propio Israel.

---

<sup>23</sup> La guerra y la tortura parecen haber reemplazado al patriotismo como el último refugio del sinvergüenza liberal. La guerra implica un conflicto recíproco y externo, cuya ética puede por lo tanto ser discutida: es por lo que escritores como Michael Walzer y Avishai Margalit («Israel: Civilians and Combatants», *The New York Review of Books*, 14 de mayo de 2009) intentaron describir la Operación Plomo Fundido como una guerra librada en territorio extranjero y a continuación criticaron a las *IDF* por no cumplir reglas de combate más estrictas. Desde Camus a los intelectuales estadounidenses que la han redescubierto tras la guerra contra el terror, la tortura ofrece convenientemente no sólo un objeto obvio de condena, sino también un conducto para la simetría que facilita la condena concomitante de la resistencia del colonizado.

Laor recuerda vívidamente que «los judíos israelíes como yo crecimos en la década de 1950 en un ambiente saturado de imágenes del genocidio caóticas, casi anárquicas. Fueron progresivamente organizadas de una forma fija por la ideología dominante: una narrativa estructurada similar en muchos aspectos a la que ha sido creada en Europa en los últimos veinte años»<sup>24</sup>. Pero esa similitud narrativa no es ninguna coincidencia. La reivindicación de Israel de ser el único propietario de la memoria del Holocausto se ve ahora en gran parte del mundo como una situación natural y normal, pero no es así en absoluto. Fue formulada deliberadamente por el gobierno de Ben-Gurion en 1953, como parte de un proceso muy consciente de construcción de la identidad nacional por el recién nacido Estado de Israel, tan pronto como la primera tarea (apoderarse de la tierra de los palestinos autóctonos) se había llevado a cabo. El proyecto de ley para la conmemoración de la *Shoah* fue una de las tres leyes fundacionales promulgadas por Ben-Zion Dinur, ministro de Educación y Cultura de Ben-Gurion<sup>25</sup>. Al presentar el proyecto de ley a la Knesset, Dinur explicó que su objetivo era «reunir la memoria en la patria» y el nombre del proyecto, Yad Vashem (que significa lugar y nombre), «lo designa como Jerusalén, el corazón de la nación, el corazón de Israel, donde todo debe concentrarse»<sup>26</sup>.

Por supuesto, Jerusalén estaba en aquella época dividida a base de cemento y alambradas; la Ciudad vieja, con su población mayoritariamente palestina, estaba gobernada por Jordania. No tenía más conexión territorial de la que podían tener Londres o Nueva York con los horrores que habían sido perpetrados en Europa. Que la *Shoah* sería recordada allí por la población judía era obvio. Que debiera ser dotada de la autoridad exclusiva para mantener la memoria colectiva, como insistía Dinur, era simplemente una formulación nacionalista; parte de la institucionalización de la lógica sionista según la cual todo lo judío (historia, experiencia, memoria; idealmente, personas y recursos) ineluctablemente fluye hacia Israel. Laor sugiere a veces que a

---

<sup>24</sup> Y. Laor, *The Myths of Liberal Zionism*, cit., pp. 19-20.

<sup>25</sup> Las otras dos leyes establecerían la Academia de la Lengua Hebrea y definirían los componentes obligatorios del programa escolar: la Biblia, la Patria, la Historia Judía; ésta última definida por Dinur como conformada de manera uniforme, durante los milenios de exilios, por la esencia intrínseca de la nación judía, más que por las circunstancias externas de la miríada de «países anfitriones», tal como defendía el profesor de Dinur, el gran historiador judío Eugen Täubler (1879-1953), fundador de la Berlin Akademie für die Wissenschaft des Judentums.

<sup>26</sup> Véase también G. Piterberg, *The Returns of Zionism: Myths, Politics and Scholarship in Israel*, Londres y Nueva York, 2008, especialmente el capítulo 4, «Myth and History on Mount Scopus».

Israel se le ha «asignado» un «papel occidental» frente a los árabes, como si fuera un receptor pasivo. De hecho ha solicitado activamente ese papel, proclamándose como la única orilla que deben bañar todas las olas de la simpatía projudía. Pieza fundamental en todo ello fue la apropiación por el recién fundado Estado de la autoridad para recordar la Shoah, para hablar en nombre de sus víctimas y para enseñar al mundo sus lecciones. Esas reivindicaciones serían internacionalizadas durante el juicio a Eichmann, al dar por sentada la jurisdicción israelí sobre los crímenes cometidos en Europa, e institucionalizadas en el acuerdo de reparaciones económicas con Alemania Occidental, que a principios de la década de 1960 fue ampliado para incluir armamento.

Laor examina la cultura del Holocausto de Europa sin considerar la de Estados Unidos, aunque ambas no pueden ser comprendidas de manera aislada. En este tema, un punto de partida es el trabajo pionero del historiador Peter Novick, que investigó los procesos por los que el judeocidio ha llegado a jugar un papel tan prominente en la cultura de Estados Unidos en su obra, documentada meticulosamente, *The Holocaust in American Life*, Novick muestra que la memoria del Holocausto como un deber cívico estadounidense (no sólo judío) fue el resultado de decisiones estratégicas tomadas por instituciones judías estadounidenses en la década de 1970, apoyadas por una movilización de recursos concertada. Señala que hubo muy poca discusión pública sobre la Shoah en las primeras décadas tras la Segunda Guerra Mundial; las organizaciones judías (el Comité Judío Estadounidense, la Liga Antidifamación, el Congreso Judío Estadounidense y otras) bloquearon un monumento conmemorativo propuesto en la ciudad de Nueva York en 1948, aduciendo de que crearía una imagen de los judíos como víctimas<sup>27</sup>. Hasta el juicio de Eichmann (Ben-Gurion gestionó que las secuencias de la sala del tribunal se enviaran a Estados Unidos al final de cada sesión) la palabra «holocausto» no entró en el habla estadounidense para referirse específicamente al asesinato de los judíos.

El punto de inflexión llegó con la guerra de 1967, cuando Israel pasó al lugar más prominente de la agenda de los judíos estadounidenses organizados y la teología popular sionista del Holocausto y la Redención (en Israel) parecieron que habían sido validos. Pero el catalizador crucial, argumenta Novick, fue la guerra de 1973, en la que Israel tuvo que ser salvado por medio de un puente aéreo estadounidense a gran escala:

---

<sup>27</sup> Peter Novick, *The Holocaust in American Life*, Nueva York, 1999, p. 123.



Las implicaciones de la guerra, tanto para los israelíes como para los estadounidenses, tuvieron gran repercusión. Las ilusiones de la invencibilidad y autosuficiencia israelíes fueron algunas de las bajas de esta guerra. Una víctima relacionada con éstas fue la comparación, establecida tradicionalmente por los sionistas, entre la vulnerabilidad de los judíos en la diáspora, que culminó en el Holocausto, y la seguridad que los judíos podían encontrar en la patria judía. Evidentemente no había un lugar en el mundo menos seguro para los judíos que Israel<sup>28</sup>.

La subida de los precios de la OPEP que vino a continuación también amenazó con alterar el cálculo de los intereses estadounidenses en Oriente Próximo. Novick registra los debates internos que llevaron a «inversiones masivas de organizaciones comunitarias judías para promover la concienciación sobre el Holocausto» como método para «inclinarse la balanza a favor de Israel» y asegurar la continuación del apoyo estadounidense. La argumentación fue expuesta por dos representantes de la Liga Antidifamación (ADL), Arnold Foster y Benjamin Epstein, en *The New Anti-Semitism* (1974), a la vez que la ADL se embarcaba en «una ambiciosa campaña de programación del Holocausto»<sup>29</sup>. Novick describe lo que sucedió a continuación como la creación deliberada de una «memoria colectiva» de las atrocidades nazis, en el sentido de la elaboración de una ahistórica (incluso antihistórica) verdad o identidad «eternas» que responde principalmente a preocupaciones actuales. Estableció la noción de la *Shoah* como una atrocidad única e incomparable, el acontecimiento determinante del siglo XX, ante el cual la única respuesta permisible era el apoyo incondicional a Israel. Entre los frutos tempranos del proyecto se incluyeron la miniserie de televisión *Holocaust* (1978) y que Carter estableciera una Comisión de Estados Unidos oficial sobre el Holocausto (1979).

Novick argumenta que la cultura de concienciación sobre el Holocausto también ofrecía un símbolo unificador a los judíos estadounidenses, en un momento de declive de la religiosidad y de aumento de los matrimonios interconfesionales. En una época de política de las minorías basada en el victimismo, una identidad anclada en la agonía de los judíos europeos podía reclamar su parte de lo que era además el grupo social estadounidense mejor formado, más rico y de mayor éxito. Mientras crecían las críticas al trato dado a los palestinos en los territorios ocupados, «la absoluta claridad moral» de la memoria del Holocausto llegó

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 145, 148-151.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 152, 155.

a convertirse en un activo estratégico para Israel, una forma de capital moral. En 1978, cuando el grupo de presión israelí AIPAC hizo una campaña contra la venta de aviones de Estados Unidos a Arabia Saudí envió la novela de la serie *Holocaust* a cada uno de los miembros del Congreso. En las décadas de 1980 y 1990, la memoria colectiva cobró progresivamente más importancia dentro de la cultura estadounidense dominante: obligatoria en los programas escolares, institucionalizada en el Museo del Holocausto de Washington, apoyada por un cuadro creciente de profesionales de la memoria del Holocausto<sup>30</sup>.

Lo que es único de la utilización del Holocausto en Estados Unidos es el asombroso grado de discrepancia con la realidad vivida allí. En cualquier construcción de identidad hay un tanteo incómodo entre una parte de la realidad y su manipulación ideológica. En este caso, la falsa conciencia se ha dado un festín. No es sólo que el judeocidio ocurriera en Europa, a 8.000 kilómetros de distancia y como resultado de unas circunstancias históricas específicas: el catastrófico aliento final del imperialismo europeo que abrió la puerta a la fantasía genocida nazi de la pureza de raza; ni que los supervivientes de los campos de concentración constituyan sólo una pequeña fracción de los judíos estadounidenses. La angustia alucinada por el resurgimiento del antisemitismo creció en las décadas de 1970, 1980 y 1990, al unísono con el crecimiento de la prosperidad y el poder de los judíos estadounidenses. Mientras tanto, el grado de irracionalidad que acompaña a lo que Novick denomina la «sacralización» de la *Shoah* (junto con su vulgarización) lleva a que cualquier intento de análisis histórico sea acusado de antisemita. Novick cita la consternación de Jonathan Sarna, un importante historiador de los judíos estadounidenses, que ante una reciente cosecha de libros sobre el antisemitismo estadounidense comentó: «influidos por la obsesión actual con el Holocausto, sólo hacen una pregunta: ¿podría ocurrir aquí? Y sólo tienen una respuesta: sí»<sup>31</sup>.

Novick minimiza el efecto de esta cultura en la política exterior estadounidense, pero los hechos hablan por sí mismos. Desde la década de 1970, Israel ha sido de lejos el mayor receptor de ayuda militar de Estados Unidos, al recibir alrededor de una quinta parte del presupuesto total, y es el único país que no tiene que dar cuentas de cómo gasta

---

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 3, 7, 9, 155-156, 213-214. Esta evolución es investigada también por Norman Finkelstein en *The Holocaust Industry: Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*, Londres y Nueva York, 2000.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 175.

el dinero. Estados Unidos ha vetado más de treinta resoluciones críticas con Israel del Consejo de Seguridad de la ONU durante los últimos cuarenta años y ha evitado sistemáticamente cualquier inspección de su programa nuclear. El AIPAC tiene agarrado con mano de hierro al Congreso, que como dijo Nancy Pelosi, en el tema de Israel «habla con una sola voz». Las acciones lideradas por Estados Unidos para estrangular a Irán y destruir Iraq han sido estrategias israelíes desde hace mucho tiempo<sup>32</sup>. En resumen, no cabe duda de que una gran parte de la política de Estados Unidos en Oriente Próximo se explica más por el papel activo de la instituciones pro israelíes en Estados Unidos (AIPAC y muchas otras) que por intereses imperialistas racionales.

### *Comparaciones con el Viejo Mundo*

El análisis del desarrollo de la cultura estadounidense del Holocausto altera inevitablemente nuestra opinión de la de Europa. Tal como argumenta Laor, la reformulación de la identidad europea tras la Guerra Fría puede ser uno de los factores a tener en cuenta, pero como culminación más que como causa. Para llegar a captar el significado cultural del «filosemitismo europeo» actual hay que tener en cuenta las realidades vividas en la Segunda Guerra Mundial, la complicidad de las elites locales en la *Shoah* y los ajustes de cuentas nacionales con estas en el periodo de posguerra, los intereses en Oriente Próximo de la política exterior de los Estados y la relativa influencia social de las comunidades judías nacionales. Encontramos aquí evidentes contrastes con Estados Unidos, donde la complicidad se limitó en gran parte a las restricciones de Roosevelt a la entrada de refugiados, mientras que la comunidad judía estadounidense es la mayor del mundo, con más de 5 millones, y los judíos ocupan cargos importantes en la política, la abogacía, la economía, las publicaciones y los medios de comunicación estadounidenses. No cabe en este resumen sino indicar las principales características implicadas, pero hay que mencionar que la configuración de estos determinantes en cada uno de los tres Estados que Laor examina (Alemania, Italia y Francia) ha sido muy diferente.

Por supuesto, Alemania es la máxima responsable del asesinato de los judíos. Su ajuste de cuentas interno fue postergado memorablemente,

---

<sup>32</sup> Para una descripción detallada, véase John Mearsheimer y Stephen Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy*, Nueva York, 2008.

tal como describe Laor, por las necesidades de Estados Unidos de contar con un socio «estable» durante la Guerra Fría. Los juicios de Nuremberg fueron impuestos por los vencedores y la penitencia se concretó en pagos al Estado israelí. La nueva izquierda de la década de 1960 fue la primera generación que desafió la connivencia del silencio ante la presidencia del ex nazi Canciller Kiesinger de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) en coalición con el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). Sus protestas se encontraron con el *Radikalerlass* [legislación antirradicales] de Brandt y una represión policial brutal. Hasta finales de la década de 1970, las representaciones culturales hegemónicas del judeicidio vinieron de fuera: la serie estadounidense *Holocaust* fue vista por 20 millones de espectadores. Los años de la década de 1980 fueron testigos de un gran avance en la discusión pública de la época nazi. Sin embargo la influyente postura articulada por Jürgen Habermas en la *Historikerstreit* [disputa de los historiadores] a mediados de la década de 1980 (que era impensable situar o contextualizar los crímenes del nazismo, cuya maldad era única e inconmensurable) reprodujo también la temática de la cultura del Holocausto estadounidense, incluso incorporando la vena irracional del pensamiento alemán. Con la reunificación alemana, se convirtió en la ideología nacional hegemónica. El movimiento *Antideutsch* [antialemanes] de la década de 1990 le dio un giro especialmente virulento. Lo que en principio fue una protesta antinacionalista de izquierda contra las medidas de Anschluss [anexión] de Kohl hacia la RDA, se endureció más tarde y se convirtió en una corriente sionista *sui generis* que se lanzó al apoyo de la invasión de Iraq y se opuso a cualquier crítica de Wall Street como «antisemita». Laor tiene sin duda razón al sentir una especie de inquietud ante este filosemitismo estridente, blandido como una defensa casi supersticiosa contra el fantasma de una cuestión nacional todavía sin resolver. El acoso a Günter Grass el año pasado por su mención de la bomba de Israel es indicativo de este estado de vigilancia.

En Italia, la experiencia fue bastante diferente. Como subraya Laor, la resistencia militante antifascista jugó un papel constitutivo en el orden social de la posguerra, reforzando la situación de la izquierda. Al depender del petróleo libio y el gas argelino, la política exterior italiana durante la Guerra Fría fue oficialmente «equilibrada» en relación a Oriente Próximo: interviniendo a favor de los derechos palestinos en algunas ocasiones y albergando una oficina de la OLP en Roma, mientras mantenía relaciones comerciales con Israel. La simpatía por la difícil situación

de los palestinos estaba muy extendida en la sociedad italiana: las mayores manifestaciones de Europa contra la represión israelí de la primera Intifada tuvieron lugar en Roma, con la participación de no pocos judíos. Tras la retransmisión de *Holocaust* en 1979, la televisión italiana transmitió un informe especial sobre «Los palestinos de la diáspora»<sup>33</sup>. El impulso hacia la institucionalización de la cultura del Holocausto tuvo lugar en la década de 1990. La situación que lo hizo posible no fue ni una campaña pro Israel de las organizaciones judías domésticas, como en Estados Unidos, ni la necesidad de un profiláctico contra asuntos nacionalistas sin resolver, como en Alemania, sino la recomposición del escenario político tras el colapso de la Primera República en medio de los escándalos *Tagentopoli* de 1992-1993. El peso de la época de Mussolini y la Resistencia en la identidad nacional italiana se convirtieron en asuntos de mucha tensión ante la disolución del PCI y la entrada en el gobierno de la ex fascista Alianza Nacional en el gobierno con Forza Italia de Berlusconi. Se lanzó una ofensiva ideológica concertada desde la derecha contra los aspectos más míticos del discurso de la resistencia antifascista, con el objetivo final de reducirla al equivalente moral de su enemigo. El PCI, en proceso de disolución y a punto de adoptar posturas similares también, fue incapaz de montar un contraataque.

El campo ideológico quedaba abierto para una iniciativa estadounidense. El Grupo de Trabajo para la Internacionalización de la Educación, conmemoración e Investigación del Holocausto, establecida en Washington en 1998, estaba ya promocionando la idea de instaurar el 27 de enero como día de la memoria. El Parlamento italiano aprobó la ley en 2000, con el apoyo de todos los partidos. Como el derrocamiento del fascismo ya se celebraba el Día de la Liberación, el 25 de abril, aniversario del levantamiento contra la República de Saló, el 27 de enero podía ser, sin controversia, dedicado a las «víctimas»: los miles de judíos, decenas de miles de prisioneros políticos y cientos de miles de militares internados. El *giorno della memoria* se inició en 2001, señalado con varios acontecimientos incluyendo una exposición en el antiguo cuartel general de la Gestapo sobre *Los judíos de Roma, 1938-1944*, patrocinada por la Fundación del Holocausto de Steven Spielberg<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> Jacob Abadi, «Constraints and Adjustments in Italy's Policy towards Israel», *Middle Eastern Studies*, vol. 38, núm. 4, 2002, p. 84.

<sup>34</sup> Robert Gordon, «The Holocaust in Italian Collective Memory: *Il giorno della memoria*, 27 January 2001», *Modern Italy*, vol. 11, núm. 2, 2006.

El modelo en Francia es diferente de nuevo. La Francia continental es la patria de casi medio millón de judíos, la tercera mayor comunidad del mundo (después de Estados Unidos e Israel) que había ganado su emancipación en el siglo XVIII. El flujo de migrantes desde Alemania y Europa del Este durante el periodo de entreguerras elevó la población en aproximadamente 300.000 en 1940. De forma notoria, los oficiales franceses tomaron la iniciativa de hacer redadas contra los judíos extranjeros en particular: unos 75.000 fueron enviados a los campos de concentración, de los que sólo volvieron unos pocos miles. Sin embargo, en la década de 1950 la llegada de aproximadamente 230.000 sefardíes de Túnez, Marruecos, Egipto y más tarde de Argelia, dinamizó la comunidad: más practicantes que muchos judíos franceses, transformaron el carácter de las sinagogas, las escuelas y los centros culturales<sup>35</sup>. Las relaciones con Israel del Estado Francés eran cercanas: la guerra argelina ayudó a forjar fuertes lazos militares y políticos en un momento en el que muchos de los que dirigían el sistema político de Estados Unidos consideraban el Estado judío un apéndice de Moscú. En parte debido a Argelia, el énfasis sionista en el espíritu marcial judío (desconfianza de Ben-Gurion hacia la «debilidad» de los judíos de la diáspora) tuvo un impacto más directo aquí que en Estados Unidos. En 1966 Jean François Steiner, un joven periodista, publicó un relato medio novelado de la revuelta de Treblinka. Steiner, cuyo padre había muerto en Auschwitz, se había endurecido sirviendo en un regimiento de paracaidistas durante la guerra argelina y había pasado un año y medio en Israel. Insatisfecho con una identidad judía echada a perder, en su opinión, por la pasividad ante el terror nazi, Steiner buscó en la rebelión de los *Sonderkommandos* [comandos especiales] en Treblinka un momento transformador de inspiración heroica que fuera específicamente judío más que universal<sup>36</sup>.

Como en Estados Unidos, la guerra de 1967 representó un punto de inflexión en la conciencia de los judíos franceses<sup>37</sup>. Un joven comunista, Pierre Goldman, describió la «jubilosa furia» de una manifestación pro Israel en el Boulevard Saint-Michel, en la que encontró a otros camaradas «marxistas-leninistas y supuestos antisionistas, congratulándose de la destreza guerrera de la tropas de Dayan». Pero la reacción política del Elíseo a la

---

<sup>35</sup> Samuel Ghiles-Meilhac, *Le CRIF, de la résistance juive à la tentation du lobby, de 1943 à nos jours*, París, 2011, capítulo 1.

<sup>36</sup> El levantamiento del gueto de Varsovia fue, en opinión de Steiner, «muy “goy” [en hebreo: nacional] como rebelión»: véase Samuel Moyn, *A Holocaust Controversy: The Treblinka Affair in Postwar France*, Hanóver y Londres, 2005, p. 6.

<sup>37</sup> Los párrafos siguientes se basan en S. Ghiles-Meilhac, *Le CRIF*, cit., capítulos 2 y 3.

guerra de 1967 fue la opuesta a la de la Casa Blanca. Alarmado por el vuelco que Israel había dado al equilibrio de poder en Oriente Próximo, De Gaulle condenó la agresión y describió a los judíos como «gente de elite, seguros de sí mismos y dominantes». Las organizaciones judías francesas que habían dado por supuesta una política exterior pro Israel comenzaron a organizarse con criterios políticos por primera vez, mientras Pompidou y Giscard continuaban el embargo de armas de De Gaulle durante la década de 1970. El Comité de Acción Judía (CJA) organizó en 1976 un «día de Israel» que movilizó a 100.000 personas. En 1977, el hasta entonces discreto CRIF, consejo representativo de unas 60 instituciones judías, elaboró unos estatutos nuevos en los que denunciaba el «abandono de Israel» por parte de Francia, que fueron publicados en *Le Monde* para dejar constancia. En la elección presidencial de 1981 el fundador del CJA, Henri Hajdenberg, lideró una campaña de alto nivel por el voto judío contra Giscard; Mitterrand ganó por un margen del 3 por 100, se levantó el boicot y fue el primer presidente francés que visitó Israel. Entre el CRIF y la elite del Partido Socialista se establecieron buenas relaciones y se corrió un discreto velo de silencio sobre el papel de Mitterrand durante la guerra como funcionario de Vichy.

El telón de fondo ideológico de todo esto fue la ofensiva liberal de los últimos años de la década de 1970, que fue apodada como el «momento antitotalitario» en Francia<sup>38</sup>. El fantasma de un gobierno socialista-comunista galvanizó una virulenta campaña característica de la Guerra Fría contra la izquierda anticapitalista y anticolonial (y contra la historiografía republicana de la Revolución de 1789), que llevó a un viraje paradigmático en la cultura intelectual francesa. En la vanguardia se situaron los autoproclamados *nouveaux philosophes* como André Glucksmann y Bernard-Henri Lévy, cuyas posteriores declaraciones examina Laor tan incisivamente. En sus escritos, la acusación de antisemitismo fue aplicada sin escrúpulos a cualquiera con el que no estuvieran de acuerdo. Todos los críticos de la agresión israelí fueron enlodados por igual: Finkielkraut tildó de antisemitas a todos los que levantaron la voz contra la masacre de 1982 en Sabra y Chatila. A partir de ahí, quedaría sólo un pequeño paso para describirlos como, deliberadamente o no, defensores de un nuevo holocausto. Aunque Finkielkraut pueda ser un caso extremo, la elección de Francia para ejemplificar la teoría de Laor es adecuada, ya que ninguna otra sociedad europea occidental ha experimentado la desaparición sin dejar rastro de una izquierda anticolonial fuerte, como la francesa.

---

<sup>38</sup> Analizada con rigor en Michael Scott Christofferson, *French Intellectuals against the Left: The Antitotalitarian Moment of the 1970's*, Oxford, 2004.

Sin embargo, el tema no está ni mucho menos cerrado. Un ensayo reciente de Eric Hazan y Alain Badiou ofrece una crítica mordaz de las estrategias del nuevo eurosionismo, empezando por la bienvenida del presidente del CRIF Roger Cukierman al éxito de Le Pen en las elecciones de 2002, basándose en que representaba un mensaje fuerte hacia los musulmanes y así reducía el antisemitismo en Francia. La noción de que el país está inflamado de prejuicios contra los judíos fue publicitada ampliamente en la prensa estadounidense en el momento de la invasión de Iraq, en la que Chirac se negó a participar. En 2004 Ariel Sharon se refirió a «uno de los antisemitismos más salvajes» que se extendía por Francia y previno a los judíos franceses para que salieran tan rápido como pudieran<sup>39</sup>. Los autores combaten esta fantasía ofreciendo un análisis útil del «antisemitismo real e imaginario»: el primero desde luego que existe, como insisten con razón, y aunque sea de pequeña escala (graffiti hostil, cajas de madera quemadas ante las sinagogas, peleas entre jóvenes) no debe ser tomado a la ligera; pero aún así palidece ante el acoso policial sistemático de la población, mucho mayor y más pobre, de ascendencia magrebí y africana.

Por otra parte, las acusaciones puramente retóricas de antisemitismo se han convertido en la especialidad de algunos de los principales guardianes culturales de Francia: si alguien pronuncia la palabra «Auschwitz», Claude Lanzmann considerará si ha sido en un contexto permisible, y si decide que el autor lo ha transgredido, «alzará su trompeta y enviará a *Le Monde* un artículo que siempre se publica en un lugar destacado». Para un libro, puede ser Eric Marty, para una retransmisión Bernard-Henri Lévy. Todos son guardianes influyentes en los medios de comunicación franceses. Finkielkraut tiene un programa semanal en *France Culture*; Lévy está en el consejo supervisor de *Le Monde*, tiene una columna en *Le Point*, su revista *La Règle du jeu*, y un cargo importante en la editorial Grasset; «Jean Birnbaum edita la página de “Ensayos” en *Le Monde des livres*, que le permite censurar los libros que no concuerdan con sus ideas. Alexandre Adler tiene las puertas abiertas en *Le Figaro*»<sup>40</sup>.

---

<sup>39</sup> Muy pocos siguieron su consejo. Una media de 2.182 judíos franceses al año realizaron el *aliyah* entre 2000 y 2009, esa cifra cayó por debajo de 1.900 en los últimos años: Eric Cohen, *The Jews of France Today: Identity and Values*, Leiden, 2011, p. 90.

<sup>40</sup> Alain Badiou y Eric Hazan, «“Anti-Semitism Everywhere” in France Today» en A. Badiou, E. Hazan e I. Segré, *Reflections on Anti-Semitism*, Londres y Nueva York, 2013, pp. 35-36.



En 2009 apareció un análisis magnífico de esta alianza ideológica: *The Philosemitic Reaction: Treason of the Intellectuals*, de Ivan Segré. Fruto de su investigación doctoral con Daniel Bensaïd, la obra de Segré defiende que, aunque esta tendencia ha sido criticada en Francia por su especificidad comunitaria, supone en realidad una traición reaccionaria a la especificidad judía en nombre de la «defensa de Occidente»: una posición bastante cercana a la de Kurzweil y Laor<sup>41</sup>. Segré caracteriza a la «reacción filosemita» por tener «la vocación intelectual, social e institucional de representar el discurso oficial» y procede a realizar un análisis textual profundo de obras representativas de Raphaël Draï, Shmuel Trigano, Alexandre Adler, Emmanuel Brenner, Pierre-André Taguieff y otros. La sección sobre *Les territoires perdus de la République* de Emmanuel Brenner es una deconstrucción muy efectiva de esta exagerada sociología de la penetración islamista en el sistema escolar francés<sup>42</sup>. Parece que quedan pocas dudas de que esto es nada más que el principio del debate.

### *Otra memoria*

Los orígenes de la actual cultura de la memoria del Holocausto son más políticos por lo tanto de lo que Laor sugiere: el nacionalismo israelí, junto con el trabajo concertado de las organizaciones judías estadounidenses y francesas, sustenta su posición central en la nueva identidad europea. Es posible recordar el Holocausto de otra manera. Un ejemplo apropiado es Marek Edelman, uno de los líderes del levantamiento del gueto de Varsovia, que murió el 2 de octubre de 2009. Edelman era miembro de la Federación Antisionista, el Sindicato General de Trabajadores de Polonia, y tuvo un papel dirigente en la Organización Judía de Combate (ZOB), que lanzó el levantamiento del gueto en 1943. Después de la guerra se quedó en Polonia, trabajando de cardiólogo. Perdió su trabajo en una purga en 1967 y su mujer y sus dos hijos emigraron a Francia. Sin embargo, Edelman se quedó, explicando que «alguien tenía que quedarse con todos los que murieron aquí». En 2002 escribió una carta abierta a las organizaciones de las guerrillas palestinas, en la que se dirigía a ellas como compañeros de armas y reconocía su lucha como legítima, aunque les rogaba que suprimieran los atentados suicidas. La carta estaba encabezada: «A todos los líderes militares, paramilitares y de las organizaciones guerrilleras palestinas; a todos los soldados de los

<sup>41</sup> Ivan Segré, «The Philosemitic Reaction: Treason of the Intellectuals», ahora en: A. Badiou, E. Hazan e I. Segré, *Reflections on Anti-Semitism*, cit., pp. 45-232.

<sup>42</sup> Emmanuel Brenner es el pseudónimo del historiador Georges Bensoussan.

grupos militantes palestinos». Los términos de la carta hacían clara referencia a la ZOB que había liderado en el levantamiento del gueto.

La muerte de Edelman reveló el carácter fuertemente ideológico de la memoria que Laor disecciona en su libro. Con las excepciones esperadas (Tony Greenstein, John Rose, Idith Zertal y el propio Laor) fue casi totalmente ignorado, una «persona inexistente» como comentó amargamente Greenstein<sup>43</sup>. En su lugar, el levantamiento del gueto de Varsovia se asocia principalmente con otro líder, Mordechai Anielewicz, un sionista, que ha dado su nombre a un *kibbutz*: Yad Mordechai. El ejemplo de Edelman amenaza con debilitar el eje subyacente de la ideología hegemónica: la memoria del Holocausto, sionismo/Israel, el resentimiento de los colonizados, pasado y presente. De joven, su papel en Polonia es una desautorización permanente del mito de que el sionismo lideró la resistencia antinazi. De viejo, tocó un punto candente al servir de conexión entre la resistencia antinazi durante el Holocausto y la simpatía por la resistencia palestina anticolonial bajo la ocupación israelí. Edelman ejemplificaba la sencilla verdad histórica de la izquierda judía antisionista, según la cual uno lucha contra la injusticia y el racismo (antisemita o de cualquier otro) cuando combate contra la injusticia y el racismo, no reproduciéndolos en otro lugar. Por esta razón fue ignorado durante toda su vida y también parece que su recuerdo está condenado al olvido. Merece ser honrado.

---

<sup>43</sup> Véanse los *blogposts* de Tony Greenstein, 7 de octubre de 2009, y Bill Weinberg, 15 de octubre de 2009, el obituario de John Rose en *The Independent*, 7 de octubre de 2009, y el análisis de Idith Zertal, *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood*, Cambridge, 2005, pp. 34 y ss.